

VINCENZO PIERO LO MONACO

LUDWIG WITTGENSTEIN: DE LO INDECIBLE A LA RACIONALIDAD ABIERTA.

Abstract: Wittgenstein's reject of the philosophy of *Tractatus* is used in order to examine philosophical problems and their interrelations in the *Philosophical Investigations*. This analysis is effectuated along three dimensions. Along the first dimension, philosophical matter is undertaken through the reject of essentialism. Along the second dimension, the interrelations between philosophical problems is examined through the introduction and elaboration of the notions of 'constructibility' and 'modality of use'. To determine the third dimension, Wittgenstein's concept of life-form is used. These dimensions are themselves undetermined by the interplay among other important thinkers of his time: Hermann Weyl, Arnold Schönberg, Robert Musil.

¿Hasta qué punto puede hoy interesarnos volver una vez más sobre la *vexata quaestio* de las relaciones entre el *primer* y el *segundo* Wittgenstein? Por fortuna, es ésta una pregunta cuya respuesta no intentaremos buscar aquí. Y si necesidad hubiese de disculparnos por frustradas expectativas, baste decir que tan sólo la hemos formulado retóricamente, cuenta habida de que nos brinda en alguna medida la oportunidad de partir del primer término de nuestro subtítulo, lo *indecible* —reconducible, para amantes de dualismos intrapersonales, al *primer* Wittgenstein.

Cabría argüir de entrada, sin veleidades de cortar amarras o tender puentes entre los dos Wittgenstein, que la *lectio* filosófica última del *Tractatus* es clara y terminante: "callar acerca de lo que no se puede hablar" es como admitir que podemos conocer lo que la organización de nuestro conocimiento nos permite conocer y decir lo que el entramado de nuestro lenguaje nos permite decir. Pues bien, como quiera que lo cognoscible y lo expresable quedan deli-

mitados por el ámbito de los enunciados del discurso científico, todo lo que no entre en ese ámbito desemboca —como es sabido— en el sinsentido¹. Sobreviene así lo *místico* como aquel dominio de lo *indecible* que está allende la lógica, el lenguaje y el mundo, y que no obstante —como lo reconoce el propio Wittgenstein— contiene nuestros más importantes problemas (*Lebensprobleme*), los problemas del alma humana. Es posible la descripción de la realidad y es posible también el conocimiento, incluso el conocimiento ontológico; pero, cuando de las *res* se pasa a la totalidad de las *res*, se desemboca nuevamente en la impotencia inicial: el mundo, en su interior, no es un enigma (*Rätse!*), pero en su totalidad es un enigma que permanece insoluble². El sentido de la realidad está en el lenguaje; el sentido del mundo está en una posición diametralmente opuesta al lenguaje, en el nivel de la intuición, de lo místico, donde no es posible *hablar* sino tan sólo *mostrar*. Y en el dominio de la mostración no subsisten sólo la ética y la metafísica, sino las mismísimas propiedades formales del simbolismo, todas ellas susceptibles de ser mostradas, mas no expresadas³. Ahora bien, es justamente en el concepto de “mostración” donde —a nuestro entender— se insinúa ya en el *Tractatus* la ampliación del concepto wittgensteineano de racionalidad. Si bien el camino obligado es aún aquel va de la filosofía (el sinsentido) a la ciencia (el sentido), se da en las últimas páginas del *Tractatus* la incitación al desafío del modelo de racionalidad adoptado: superar las proposiciones sensatas de la ciencia, pues sólo cuando se han dejado atrás se llega a ver rectamente el mundo, en la inmediatez de la vida, la comprensión y la totalidad⁴.

Es éste el punto decisivo del giro teórico que se produce entre el *Tractatus* y la obra última de Wittgenstein. La clave para sancionar el cambio de rumbo dentro del itinerario filosófico wittgensteineano es triple. Por una parte, el rechazo del *esencialismo*, de la imagen esencialista del lenguaje que significó la quiebra de la unidad formal y del pedestal privilegiado de la lógica⁵. Por otra parte, la puesta en

¹ Cfr. Wittgenstein, Ludwig: *Tractatus Logico-Philosophicus*, Londres, 1922, props. 4.111, 4.113-4.116, 6.53-6.54.

² Cfr. *ibid.*, 6.432-6.522.

³ Cfr. *ibid.*, 6.13, 6.421, 6.52, 6.522.

⁴ Cfr. *ibid.*, 6.54.

⁵ Cfr. *Philosophische Bemerkungen* (1930), Frankfurt am Main, 1964, Parte III, Sec. 20; Parte V, Sec. 13. También *Philosophische Grammatik*, Oxford, 1969, p. 256.

discusión del poder de una estructura técnico-formal de disciplinar las secuencias de un simbolismo cualquiera sin la intervención de prácticas constructivas y modalidades de uso⁶. En tercer lugar, la necesidad de *deflacionar* la complejidad teórica de la cultura occidental mediante un análisis dirigido a recuperar significados y aspectos esenciales de nuestra *forma de vida*, sin generar nuevas articulaciones de complejidad teórica⁷. A estos tres registros, reveladores en conjunto del alcance innovador de las doctrinas wittgensteineanas, corresponden asimismo otros tantos desarrollos paralelos presentes bajo el cielo cultural de la época, que Janik y Toulmin han magistralmente pintado en *La Viena de Wittgenstein*⁸. Nos referimos, claro está, a la obra pionera de Hermann Weyl, Arnold Schönberg y Robert Musil.

Precisamente cuando Weyl habla de una originaria tiniebla de la razón, en el sentido de que no poseemos la verdad, no la percibimos simplemente abriendo nuestros ojos, sino que la hemos de alcanzar mediante la acción⁹, Wittgenstein asume la explicación científica fuera de cualquier orden racional necesario, preconstituido a la práctica científica, entendiendo al contrario que *explicar* equivale a *abrir un amplio campo de posibilidades constructivas*.

Tanto Weyl como Wittgenstein distinguen dos géneros de obstáculos, ambos de carácter epistemológico: en el primer caso se trata de una suerte de falacia descriptiva, que hace que la investigación científica haya sido concebida como el análisis de objetos que de algún modo ya poseemos. Damos descriptivamente el concepto de las cosas que tenemos o imaginamos tener delante. Hablamos describiendo, esto es, delineando conceptos de objetos. Empero, al hacerlo, la técnica lógica produce una proliferación de entidades correspondientes a cada expresión sustantivada. Si, en efecto, se asumen números y formas como entidades, como cosas, salta de manera casi natural la necesidad de describirlos y la descripción no conoce límites. Para traer una muestra de la filosofía de la matemáti-

⁶ Cfr. *L. Wittgenstein und der Wiener Kreis*, Frankfurt am Main-Oxford, 1967, p. 155. También *Philosophische Untersuchungen* (1945-49), Oxford, 1953, & 214 y 186.

⁷ Cfr. *Vermischte Bemerkungen*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1977, pp. 7 y 40.

⁸ Madrid, Taurus, 1974.

⁹ Cfr., Weyl, Hermann, *The Open World: Three Lectures on the Metaphysical Implications of Science*, New Haven, Yale University Press, 1932, p. 83.

ca, Dedekind, Cantor, Frege y Russell han procedido en sus análisis del concepto de número como si dispusieran del sistema dado de todas las cosas. Así, mientras Dedekind asumía la existencia de infinitos sistemas actuales, Cantor juraba "que la legalidad y la realidad de los números enteros eran mucho más potentes que (los objetos) en el mundo de los sentidos"; Frege consideraba como dado el sistema de todas las cosas, introduciendo un axioma de completitud que permitía proteger cada enunciado singular bajo una ley de cobertura con poder de alcance universal, y Russell usaba descriptivamente los numerales porque, a su juicio, los números pertenecen a conceptos, a predicados dados en extensión¹⁰. El segundo género de obstáculos procede directamente del primero. La necesidad de ejercer pleno control sobre el sistema entero, ya dado, de todas las cosas, para poderse referir a algunas de ellas, parece constituir una necesidad inmanente al modelo descriptivo y conceptual¹¹. En realidad, se trata de un exorcismo para obtener un efecto de cobertura, un estratagema consistente en proclamar la inagotabilidad de la descripción para encubrir la incertidumbre del mismísimo método. Pero la razón del malestar no es tanto, para Weyl, la noción de orden único, absoluto, invariante en sí mismo, sino la circunstancia de procla-

¹⁰ Cfr., *ibid.*, pp. 60-68. También Wittgenstein, *Notebook 1914-1916*, Oxford, Basil Blackwell, 1961, p. 122. En una carta a Russell del año 1913, Wittgenstein le reprochaba que era ilícito formular proposiciones de alcance existencial con *status* de axiomas y que las reglas de verificación de las proposiciones lógicas debían ser reconocidas a través del examen de las relaciones formales subsistentes entre los símbolos proposicionales. Argumentaba que el axioma de reducibilidad, para poder presentar una validez general, debía implicar la designación de una totalidad ilimitada de objetos expresada mediante la conversión de la función proposicional en variable aparente. De no ser reformulado, el axioma implicaría precisamente aquella referencia a una totalidad ilimitada que tendría al contrario la función de disciplinar a través del esquema de su reducibilidad a una función predicativa formalmente equivalente, necesitada por tanto de la referencia a modelos ontológicos básicos. Sobre este punto puede verse nuestro *Lenguaje y Realidad*, Caracas, FHE-UCV, 1986, pp. 45-73.

¹¹ Cfr. *ibid.*, p. 75. Weyl denomina esta postura descriptiva "absolutismo existencial", para señalar la tendencia de investigación fundacional del análisis, de Cauchy a Russell, que emplea los operadores "existe" y "todos" indiscriminadamente y sin alguna limitación para las posibles secuencias infinitas de números, tratando las posibilidades como si fuesen hechos, esto es, agregados de objetos actualmente existentes y admitiendo sin más la decidibilidad de todas las cuestiones por la aplicación del principio del tercio excluso a clases o conjuntos o secuencias infinitas.

marlo "sin verlo y dominarlo". Como diría certeramente Wittgenstein: "El orden dado de todas las cosas es a la vez la cosa menos dada que quepa imaginarse".

En el orden de la racionalidad, las consecuencias de abrazar semejante modelo son, al decir de Wittgenstein y Weyl, decididamente nefastas. En tanto abraza el sistema de entidades a las que se refiere como ya dado, el esquema teórico descriptivo está fatalmente destinado a privilegiar un tipo de orden, de racionalidad, absoluto e irrevocable respecto de las posibles alternativas.

Superar tales obstáculos sólo es posible si se asumen las acciones y las prácticas constructivas como "protogramáticas", como técnicas indispensables para evitar los círculos viciosos que se originan de las prácticas descriptivas; en otros términos, para cada dato es menester una construcción que no se configure a su vez como dato. Cae entonces la inexorabilidad del orden único e invariante y, con ella, el privilegio de la técnica descriptiva¹².

Al refutar el concepto tradicional de infinito actual como sistema dado de todas las cosas, Weyl observaba que el infinito es accesible a la mente humana no como "un dominio cerrado de existencia absoluta", sino en los términos de un campo de posibilidades que se extienden indefinidamente, subrayando a su vez la distinción entre los dos dominios como "transición de la descripción *a posteriori* de lo actualmente dado a la construcción *a priori* del posible"¹³. Conforme a este esquema constructivo de infinitos posibles desarrollos, el dato —finaliza Weyl— es insertado en la "multiplicidad ordenada del posible... en base a ciertas operaciones y reacciones mentales o físicas a efectuar sobre ella —como por ejemplo, en el proceso de contar"¹⁴.

Por su parte, Wittgenstein expresa una actitud formalmente análoga cuando nos impone poner orden en la "gramática del infinito". Si comprender las expresiones lingüísticas no es un proceso o estado mental, sino un procedimiento de aplicación, un saber operar con las palabras, saberlas usar, hablar —como lo hace Cantor— de la elección de un elemento de cada conjunto de una familia infinita de conjuntos, sólo tiene sentido si contamos con una regla de selec-

¹² Cfr., *ibid.*, pp. 78 y 79. También *Wittgenstein und der Wiener Kreis* cit., pp. 81 y ss.

¹³ *Ibid.*, p. 62.

¹⁴ *Ibid.*, p. 63.

ción. Pero el infinito cantoriano no dispone de ninguna regla de construcción de los elementos de una totalidad infinita. Queda así negada la hipótesis de partida del razonamiento de Cantor. Pero, de consuno con esta hipótesis quedan también negadas cualesquiera otras interpretaciones que, al igual que la cantoriana, emplean el término *infinito* fuera del ámbito de los procedimientos constructivos, ahora rebajadas todas al nivel de “malentendidos de la gramática”¹⁵. De hecho, es la “gramática del infinito” el error de partida, provocado por el ansia irrefrenable de trascender la finitud que produce la *patología* del infinito. Es menester, en consecuencia, ir a la raíz de nuestra confusión, identificar el *pathos*, descifrar la trama de la infinitud para así “...reconducir nuestras palabras a su suelo natal”¹⁶. En fin, en los escritos de Weyl y Wittgenstein, aun en sus diferencias a veces profundas, queda evidenciado el recurso a la acción, al uso, a la demostración constructiva como paradigma de una racionalidad *in fieri*.

Otra muy distinta, aunque complementaria, es la afinidad con Schönberg, creador del atonalismo. Schönberg vislumbraba en el “individualismo mal entendido”, en el “individualismo de los filisteos”, la razón del excesivo consumo de visiones, representaciones, *Weltanschauungen*¹⁷. Este desperdicio intelectual, contra el cual tomaba posición, tiene sus raíces en un estilo intelectual que, en lugar de representar las estructuras y las leyes formales del arte musical, expresa el síntoma sensible, el efecto “atmosférico”, el halo sensible suscitado por la música; en otras palabras, se trata de la proyección de un estilo burgués que asume el significado del pensamiento musical en los términos de una relación causal, de un instrumento dirigido a la producción de sensaciones. En los predios de la composición musical, tal estilo se troca en la gramática autoritaria del poder que intenta individuar un efecto final y conclusivo al

¹⁵ Cfr. *Philosophische Bemerkungen* cit., § 146; *Bemerkungen über die Grundlagen der Mathematik* (1937-42), Oxford, 1956, Parte I, Apéndice 2, Sec. 3, y Parte IV, Sec. 16. Para una exposición detallada de la postura de Wittgenstein en torno a los fundamentos de la matemática, véase nuestro “La Concepción Wittgensteineana de la Matemática”, en E.H. Battistella, V.P. Lo Monaco, B. Sánchez M., *Brouwer, Wittgenstein, Lakatos: Tres Concepciones de la Matemática*, Cuadernos de Episteme 4, Caracas, UCV-Tropikos, 1988, pp. 51-68.

¹⁶ *Philosophische Untersuchungen* cit., p. 116.

¹⁷ Cfr. Arnold Schönberg, *Analisi e pratica musicale*, Turin, 1974, pp. 6-7.

cual habría de adecuarse toda la composición¹⁸. Justamente en los términos de este esquema resultaba codificada la música tonal, en el sentido de una expresión musical centrada en un tono fundamental al cual han de referirse todos los acordes. De ahí el paralelismo con Wittgenstein. Como en la lógica y en la matemática se atribuyen a ciertas fórmulas el poder y el automatismo para generar conclusiones, inferencias y procedimientos simbólicos —dentro de un modelo interpretativo que asimila por tanto la inferencia a las relaciones causales de la naturaleza—, así en el ámbito de la composición musical se ha atribuido a los dispositivos formales el poder de guiar y disciplinar el desarrollo de un sujeto principal, de sus relaciones con los sujetos secundarios, las introducciones, las transiciones y las codas. Contra el formalismo externo de la práctica musical, Schönberg ponía en discusión el *estatuto natural* de la música tonal y la idea de que sin la restauración de la tonalidad se perdería la forma musical, reivindicando así el concepto de una técnica generada al interior de una nueva visión y de un nuevo pensamiento musical. Al atacar el privilegio de algunas estructuras técnicas a las que se había atribuido el poder de dirigir y gobernar la expresión musical, Schönberg criticaba el *automatismo formal* que Wittgenstein había combatido en el análisis del lenguaje y en la discusión sobre los fundamentos de la matemática. Para Wittgenstein, las estructuras formales en que se expresan el razonamiento y el cálculo son los pasos de un procedimiento constructivo, los términos de un paradigma procedimental, y no una barrera de dispositivos automáticos que funcionan como las causas de los fenómenos naturales¹⁹. Este y no otro es el sentido de la revisión wittgensteineana de las nociones de “identidad”, “concordancia”, “regla”, etc. Con la noción de identidad, por ejemplo, se celebraba el ritual de asumir como conocido y ya construido lo que al contrario está por construirse, por recurso a la esquematización de una fórmula general investida del poder de gobernar una sucesión de operaciones. Wittgenstein invierte los términos de la cuestión: en lugar de disciplinar las prácticas simbólicas, el concepto de identidad es tributario de los procedimientos específicos y concretos de los que extrae en realidad su significado. Comprendemos la noción de identidad, de “hacer lo mismo”, exclusivamente en relación con los pasos efectivamente dados en un

18 Cfr. *ibid.*, p. 8.

19 Cfr. *Bemerkungen über.... cit.*, Parte II, Sec. 69.

procedimiento²⁰.

En la polémica con los críticos de la música atonal, Schönberg interpretaba la composición musical como un tejido y una coordinación de diversas funciones, y no como una estructura dominada por una de estas funciones en posición privilegiada. “El material musical” —decía— “ofrece posibilidades inagotables; pero cada nueva posibilidad requiere, a su vez, de una nueva especie de tratamiento, porque presenta problemas nuevos, o bien en cada caso requiere de una nueva solución al viejo tratamiento. Cada progresión tonal, cada progresión incluso de notas solas, suscita un problema que requiere de una solución especial. Cuanto más entran éstas en relación y en contraste entre sí y con el ritmo, tanto mayor es el número de las posibles soluciones del problema ...”²¹.

Si prescindimos de la especificidad legaliforme del material tratado, Wittgenstein adopta una actitud análoga a la de Schönberg en relación con el tránsito de una forma a otra, de un viejo paradigma a uno nuevo. Para Wittgenstein, se trata de rechazar la interpretación de tales pasos en los términos de una transición lineal en una totalidad orgánica de teorías, en la que cada sistema representaría la extensión de otros sistemas que le anteceden en orden de derivación. “Ha de tomarse en cuenta’ —observaba Wittgenstein— “que es imposible pasar de un sistema a otro mediante una simple extensión; que una cuestión que tiene sentido en el segundo sistema, no por ello debe aún tener sentido en el primero. El nuevo sistema no es un complemento del viejo”²².

En campos lejanos, pero aproximables si se hace abstracción de los contenidos disciplinares, Wittgenstein y Schönberg insisten en la multiplicidad de los métodos y órdenes en que se configuran las simbologías de los lenguajes, y expresan el rechazo de las distorsiones teóricas que se derivan del privilegiar como esenciales determinadas técnicas lingüísticas. En la lógica y en la matemática, como en la música, la práctica simbólica no es ni una descripción, ni una consecuencia de leyes naturales, sino un modo de interpretar y usar en diversas modalidades la legalidad natural. Esta capacidad de desdramatizar la lectura de lo natural y entender su intrínseca

²⁰ Cfr. *L. Wittgenstein und der Wiener Kreis*, cit., p. 155; *Philosophische Grammatik* cit., pp. 52-55.

²¹ Schönberg, *op. cit.*, pp. 66-67.

²² *L. Wittgenstein und der Wiener Kreis*, cit., p. 36.

“pluralidad de lectura”, es lo que me parece que Wittgenstein considera necesario afirmar cuando remarca que “... no hay un *único* método en filosofía, pero sí hay métodos como diferentes terapias”²³. Así, mientras Wittgenstein reivindicaba la exigencia de descubrir *casos intermedios* para dilucidar el funcionamiento del lenguaje y la multiplicidad de usos posibles de los instrumentos simbólicos, Schönberg mostraba el proceso de transición de los acordes consonantes a los disonantes, rompiendo con el principio de dominación de la música tonal.

Mucho menos específica, aunque no menos sugestiva y fecunda, resulta la afinidad con Musil. Ya en 1930, en la premisa a las *Observaciones Filosóficas*, Wittgenstein había expresado su rechazo de la gran corriente de la civilización occidental en la que vivimos, desde siempre atareada en la formación de estructuras conceptuales cada vez más complejas y articuladas. Veía en la civilización occidental a una cultura que “... típicamente construye”, siempre “...ocupada en construir edificios cada vez más complicados”²⁴, donde la claridad “...le sirve sólo para esa meta, no es ella misma una meta”²⁵. Oponía a este estilo una actividad intelectual que, en lugar de recorrer el perímetro de aquel mundo complejo y múltiple, descendiese hasta “su centro” para captar el núcleo de los fenómenos y comprender sus aspectos esenciales. Afirmaba, en efecto, que “...la claridad, la perspicuidad, es ella misma una meta” y que lo realmente importante no es “...construir un edificio, sino...hacer visible el fundamento de las construcciones posibles”²⁶. No otra es la distinción trazada por Musil en su obra ensayística, particularmente en *El hombre matemático*²⁷. Ahí distingue la actitud de racionalidad abierta y desprejuiciada, provista del sentido del posible y el diverso, de aquella otra propia de la razón sobria, económica, angosta y un poco cobarde, ensimismada en la verificación, el control repetitivo e inexorable de las verdades y los conocimientos. En esta última versión, la racionalidad es para Musil “la razón de la sociedad burguesa estatizada”. Y burgués llama también Wittgens-

23 *Philosophische Untersuchungen*, cit., & 133.

24 *Vermischte Bemerkungen*, cit., p. 7.

25 *Ibidem*.

26 *Ibidem*.

27 Trad. italiana en C. Monti (ed.), Robert Musil, *La conoscenza del poeta*, Milán, Sugarno, 1978.

tein al intelectual cuyo pensamiento tiene esencialmente la finalidad de poner orden en las cosas disponiéndolas en una estructura dada y uniforme. Queda entonces coartado el sentido del posible, aquel sentido que —según nos recuerda Musil en *El hombre sin atributos*²⁸ —puede definirse como la capacidad de pensar todo aquello que podría ser o como la actitud que no atribuye a lo que es mayor importancia que a lo que *podría ser*. O, para decirlo con Wittgenstein, “las cosas pueden estar así y de muchos otros modos”.

Musil, como Wittgenstein, lamenta por lo pronto la ausencia o la pérdida del sentido del posible y rehusa asignar a esta razón trunca el monopolio de la racionalidad. El sendero de la emancipación intelectual es el sendero de la comprensión de nuestras estructuras conceptuales, aquel nuevo tipo de análisis que, en lugar de producir nuevos dispositivos teóricos constrictivos y despóticos, confronte nuestros conocimientos y nuestros usos del lenguaje y arroje nueva luz sobre los productos de nuestro saber, relacionándolos unos con otros y confrontándolos en un nuevo espacio intelectual liberado. Se impone, entonces, como nos lo recuerda el propio Wittgenstein, recuperar nuestra *forma de vida* a través de una “...lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje”²⁹. Es esta la vía de una racionalidad abierta al sentido del posible, capaz de ofrecer, como quiere Musil, “un armazón a algunos modos aún inciertos de ser hombre” o, en la jerga wittgensteineana, de disolver “calambres mentales” para poder enfrentar cara a cara el estatuto civil de nuestras contradicciones.

VINCENZO PIERO LO MONACO

Universidad Central de Venezuela

28 *L'homme sans qualités*, Paris, Seuil, 1969, pp. 91-92.

29 *Philosophische Untersuchungen*, cit., & 109.